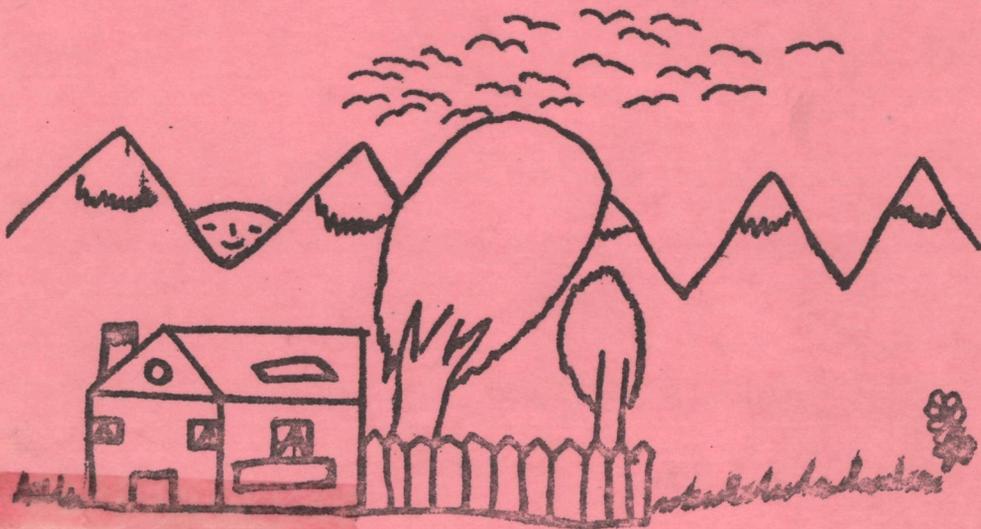


Victor
Ramírez

DIOS NOS LIBRE



15 LAS CANARIAS 1982

T
G

86



JLG 5400

+

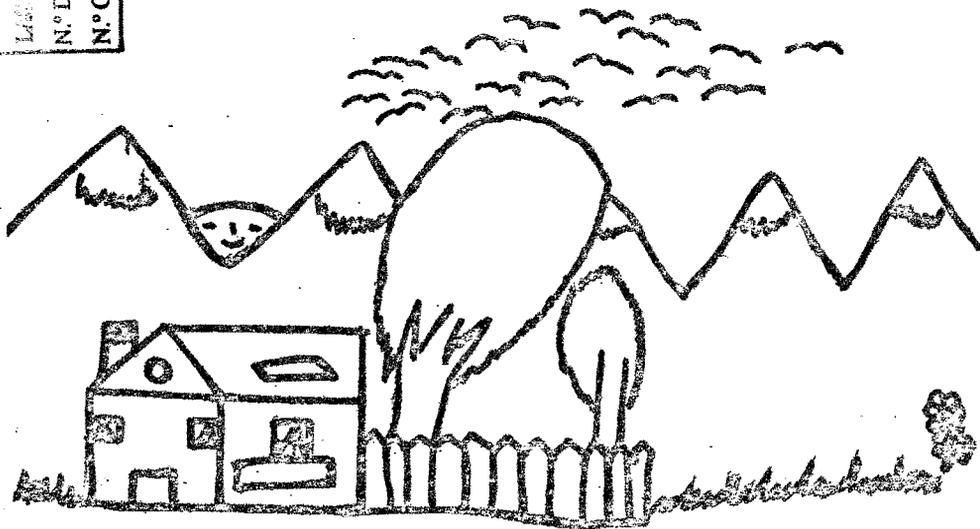


Victor Ramirez

Equarino PA

N.º D. 024685
N.º Copia 023740

DIOS NOS LIBRE



ISLAS CANARIAS 1982

Para mi querido amigo
José Luis Gallardo,
con ganas de verle
trabajando en su salsa.
Un abrazo.

Victor

27-XII-82

EDITA e IMPRIME: Editor nº 2.369/81

DEPOSITO LEGAL: TF. 2.088/1.982

DIBUJO PORTADA: Angeles Ojeda Medina -11 años-

NOTICIAS DEL AUTOR

Víctor Ramírez (nació en Las Palmas de Gran Canaria, 1.944, en el barrio de San Roque) ha publicado:

"Cada cual arrastra su sombra"

"La esperanza hecha piedra"

"Cuentos cobardes"

"Además lo primero"

"La piedra del camino"

"Bala de goma" (En "Rumores paganos", libro compartido con Angel Sánchez y Rafael Franquelo)

"Lo más hermoso de mi vida"

"Literatura canaria" (Muestrario de textos, con Rafael Franquelo)

"Cuentos canarios contemporáneos"

(selección de cuentos, con Angel Sánchez y Rafael Franquelo)

Casado, padre de cuatro hijos, se dedica a la enseñanza primaria en Lomo-Blanco, barrio de Las Palmas de Gran Canaria.

A Ricardo García Luis,
colega y buen amigo,
ya que este relato sur
gió debido a sus afec
tuosas insistencias.



Siete Sitios, I

Siete Sitios queda dentro, en una hoya.
Queda tras aquellas cumbres pelonas.

Siete Sitios, sabe Dios que no miento,
se me antoja cada vez más lejos. Además de que
allí no perdona la calor y ni están para tales
trotos estas piernitas de uno.

En Siete Sitios vive Andreíta Casiana,
la mejor de mis madres. "Iré a morir donde mi
sangre" y recaló en Siete Sitios. Dice que más
vale solita y con Dios. Y se acomodó en lo al
to del cafetín Moruna, se sube por detrás, in
dependiente. "A nadie molestaré", y volvió a
coser ropa de hombres, nada de familias conmi
go, dos ayudantas jovencitas y sin malcriade
ces. Duérme en el rincón fresco, bajo la mesa
de planchar. Sobre una zalea de camello duer
me, dice que le alivia los riñones.

Muy de tarde en tarde, ya le dije. Me daba un saltito a Siete Sitios, con la fresca, y la visitaba. Andreíta Casiana, la mejor de mis madres, se me dejaba besar la mejilla izquierda, la más sudorosa y amarga. Luego me hacía sentar en el taburete de los hombres que esperan por la prueba de la chaqueta o del pantalón. Sabía que me gustaba el agua de nogal muy dulcita y con gofio y queso duro picado. Nunca fue regalona en balde. Pero siempre me obsequió sin remilgos y tuvo debilidad difícil para conmigo. Seguro que sería por mi asunto, ya usted sabe.

Hay tiempo que no voy a verla. Noticias de que ande muerta no he tenido: Ya me hubiese enterado. Muchos de Siete Sitios bajan al puerto y me ponen al corriente cuando se precisa.

Además de que nunca supo madre Andreíta Casia
na lo que fuera una enfermedad que tumbe, nun
ca. Mis otras madres sí que maleaban con soltu
ra, en especial madre Horténsia Lis, que me con
tagió el asma de primavera.

En Siete Sitios no quiso andar de mari
dos ni hijos. Desconozco las causas. Solita y
con Dios, volver a mi sangre -decía, y me cues
ta creer que pueda morir, que también ella mo
rirá. No haga caso. Son puras calumnias lo de
que ella causó mi asunto, mentiras del diablo
que hay en la gente. Siempre aparentó secona,
insensible, ida. Sin embargo ninguno de sus in
contables hijos, ni de sus bastantes maridos,
podrá decir sin que se le gangrene la lengua,
Dios contempla calladito, que ella anduviera
con desconsideraciones o con ademanes de desa
moríos con alguno. A todos trató como la mejor
y sin aspavientos baldíos.

Por Efaín supe que quedó suelta de maridos e hijos aprovechando los embarques del Junio que tocaba, ahora hay seis años de ello. También dijo Efaín que le observó las desganas una tarde después de la novena a San Roque, cuando la oyó murmurar "el sol está frío y los muertos tienen hambre los pobrecitos". Era Efaín uno de sus maridos cuando eso, y quizás el único que llegó a acompañarla a las novenas.

III

En contadas ocasiones coincidí visitándola con otro de sus hijos o maridos. Si no me equivoco, en cuatro o cinco ocasiones, y en ninguna de ellas era hermano de mi época, hermano conocido. Con maridos sólo coincidí una vez, y le conocía de oídas, hombre leño muy macizo y canoso del todo, incluidas las cejas. No tenía pestañas.

En esas ocasiones no me daba el agua de nogal con gofio y queso picadito, sino hierba Luisa con menta y un chorrito de ron del malo. Me miraba con la dulzura con que se debe mirar a los muertos queridos, pero jamás me acarició la cabeza.

No nos presentaba, lo consideraba innecesario, y nos atendía sin ternuras inadecuadas, hierática. Esperaba a que yo estuviera solo para mirarme con la dulzura de que ya le había hablado a usted. Se levantaba en mitad del silencio que todo lo dice y salía al cacho de azotea que daba a los tabaibales de Domingo el Frío. Las gallinas cesaban su alboroto nada más verla.

Creo que sí, que se ajusta a la realidad lo que usted dice, que llegó a verse con cuatro maridos a la vez. Por poco tiempo, claro, lo normal. Ocurrió antes de ser mi madre:

Probablemente en los años de la epidemia que acabó con las mujeres ruines. Nunca indagé sobre su pasado, jamás fui curioso. Al revés: es toy por creer que me molesta enterarme, que tengo miedo de saber, de abrir los ojos a la oscu-
ridad.

Cuando me tocó ser su hijo -fui el que más hijo suyo fue, los otros duraron menos- anduvo siempre con dos maridos. Por unos meses, un par de ellos, estuvo con un si dos o tres, pues el tal Gabino Barrera caminó la casa más de lo estipulado para alguien que no fuera un marido. Ella, por descontado, prefirió permitirnos la duda.

IV

La cama enorme donde dormía ella con ellos, regalo de padre Samuel Rodríguez Macarena, el ebanista de lujo del señor conde, sirvió,

cuando acabó la guerra, para que durmiera el Obispo más gordo de lo creíble que nos tocó en suerte. La requisaron uno de los días de la lluvia oscura que reboseó el barranco por la iglesia.

Le costó la vida, al negarse a la requisita, a padre Daniel el Chico, gran conocedor de cochinos de pelea, que por tres veces había sido marido de madre Andreíta Casiana -una de las veces fue padre mío por cinco semanas justas- y que fue cocinero de general y flaco irremediable a lo largo de su vida. El disparo de máuser le entró por el ojo que menos veía-cuenta un testigo con cierto repeluzno.

Los hijos dormíamos en el suelito fresco y sobre sábanas de saco de azúcar sobre esteras de palma amarillosa sobre las baldosas grises que refregaba hasta el éxtasis la más hermanita de mis hermanas, Noemí Candelaria.

Enseñaba canciones de historias tristes con final bonito para que no sufriéramos Noemí Candelaria, y a dibujar nubes con un sol grande de muchos rayos Noemí Candelaria, y a que fuéramos buenos como san Job con los vecinitos y mamáta y papaitos Noemí Candelaria, toda sonrisas y dulzuras. Menos uno de los hermanos, Leocadio Sufrió, los demás anhelamos ser buenos cuando Noemí Candelaria: nos cayó hermana, pero hubo quienes no lo conseguían y Noemí Candelaria, adusta al caso, les volvía la espalda obligándoles a llorar infelicillos.

V

Al anochecer, después de las oraciones del miedo, nos cantaba nuevas historias de pena con finales alegres para que se nos humedecieran los ojos de compasión satisfecha Noemí Candelaria. Como a mí se me había secado el lagri

mal nada más nacer, nunca pude disfrutar de los cantares para dormir de Noemí Candelaria. A varios de nuestros padres les encantaban las historias que cantaba a sus hermanitos Noemí Candelaria, y más de uno dejó la camaza matrimonial y se vino al suelo a acostarse con sus hijitos para oirla mejor y humedecérsele los ojos y añuscársele el corazón.

Madre Andreíta Casiana, siempre trajinando, cosía ropa de hombres junto al postigo del cardonal • hervía en agua de papaya las batatas rellenas de plátanos verdes y nueces o almendras o castañas que tanto gustaban a los hijos y maridos que le conocí -había uno, del que sólo recuerdo que lo llamaban Meñique Revirado, que se tupía siempre que comía las batatas rellenas, que se tupía hasta parecer morir con gritos y retorcimientos que alarmaban a todo el barrio; pero no escarmentaba.

Planchaba Noemí Candelaria después de fregar seis veces el piso -seis era su número predilecto-, planchaba en el poyo de la cocina, al lado de la jaula del papagayo Azul, con el que conversaba sin descanso horas y horas. Planchaba Noemí Candelaria, y lavaba en la acequia del molino viejo una hermana que duró casi lo que yo como hija de madre Andreíta Casiana y que se llamaba Flor del Barranco y que padecía la enfermedad del suspiro incontrolable.

Flor del Barranco nos lamía las heridas y nos bañaba en la acequia todos los domingos al mediodía y nos hurgaba el culito a los que tardábamos en agarrar el sueño en las noches calurosas y nos esperaba a la salida de la escuela con las pellas de gofio amasado en aceite dulce y nos mandaba a vigilar parejas clandestinas que hacían cosas feas en las canteras del Fonduco.

VI

Uno de nuestros padres, uno que aguantó poco en la casona, hombre de muchas prisas, le infló el vientre y la volvió triste y jiposa y llena de temblores. Flor del Barranco soñó en morirse y nos hacía hacerle entierros todas las tardes antes de ponerse el sol, y tomó tan to miedo a los hombres que, no más ver uno, que daba como paralítica y sólo reaccionaba cuando se le hacía oler los orines de la cochina en celo. Los padres, comprensivos, esquivaban su presencia cuanto les fuera posible hasta que uno de ellos, creo que padre Angel Sánchez, ca liente ya con tanto melindre de chiquilla con sentida, quiso arreglar lo de ese miedo sonso trayendo alquilado por un día a Nicolás Saturno el del Rubicón Amarillo, el más grande recono cido de los bobos del país, y desnudándolo

al claro delante de esta mimosa del demonio, pues qué se había creído la niña, veremos si se le quita la bobería o no se le quita.

A Flor del Barranco se le quitó lo del parálisis repentino. Pero aumentaron las diarreas y los jipidos y el apetito, no paraba de comer y cagar a la misma vez. Y para colmo, aquí tuvo que ver mi hermano de aquella vez Pedro Cinqullo, se llenó de lombrices verduzcas que a poco la dejaron en huesos y pellejos.

- DiosNosLibre -me dijo un día la infeliz, si me muero, llama a mi madre Eloína Fuerte la de San Nicolás de Bari y a mi madre Buena Rosa la de San Juan del Dedo Tieso. Son las que mejor saben rezar y llorar difuntos.

Pero no se moría del todo y cambió de madre al acabar el verano de las lluvias torrenciales. Jamás volví a verla. Un no mentiroso me lo contó, que hizo fortuna por ahí afuera,

por ahí arriba en el mapa. El vientre se le ha bía desinflado tras el susto mayor de lo imagi nado que le dio padre Odongo la vez que lloró sin pudor.

VII

Padre Odongo me llegó de padre no mucho antes de que yo dejara a madre Andreíta Casia na como madre. Era ese negro de verdad que an tes le enseñé a usted y que luchaba en las fies tas de pueblos, barrios y aldeas. Peleó una no che de fusilamiento en la Gallera y perdió me dia hombria.

Madre Andreíta Casiana lo trataba, eso me parecía a mí, con menos despego que a los de más maridos que le conocí. Tal vez porque al ser negro de verdad no era hijo de Dios y le tenía cierta compasión, tal vez. Padre Odongo lo agradecía colmando la casona de comida roba

da en el muelle.

La vez que caímos malos del sarampio amargo, padre Odongo apareció con un marido nuevo para madre Andreíta Casiana, un marido que no era negro del todo sino casi. Madre Andreita Casiana se paró a pensarlo durante un rato. Luego inspeccionó la boca al aspirante, los sobacos, las corvas y la entreingles, y accedió tras un mutismo enervante para padre Odongo y el traído. "¿Qué le hay, compadre Odonguito?", preguntaba tímido éste y por lo inaudible. "Es pere, no se me aturulle", susurró padre Odongo sin quitar vista a madre Andreíta Casiana.

"Pero por dos meses tan sólo", advirtió ella. "Hasta Todos los Santos y luego se lleva rá a Noemí Candelaria con usted", la oí desde el sopor de la fiebre, y el corazón se me engri fó de angustia infantil. Noemí Candelaria dor mía fuerte y no oyó al otro refunfuñar descon

tenturas, que no aceptaba y amargando a padre Odongo, que se retiró a sentarse mohíno junto al rincón de los ratones que criábamos para vender la piel a los dos libaneses del Llano Bajo.

"Eso o se va inmediatamente de aquí, ya", a madre Andreíta Casiana le brotó la voz más dura que jamás le oyera mientras fue madre mía. El traído se marchó defraudado, tras despedirse con sentimiento sincero de padre Odongo, que no se levantó, tal era su decepción. "Otra vez será", y encogió los hombros y mostró las palmas de sus manazas de negro de verdad y luchador.

VIII

Cuando ocurrió lo del sarampio y lo del traído por padre Odongo, el otro padre andaba de pesca con unos noruegos de allá arriba en el mucho frío y hielo. De cómo se llamaba ni

recuerdo, pues apenas si recalaba por casa y murió de un tiro certero del señor conde en una de las ocasiones en que se alquiló como pieza de cacería y tuvo mala suerte. El importe del alquiler y el cadáver de aquel padre mío pescador y cuyo nombre ni siquiera cuyo di chete recuerdo -era como si judío o chinesco- nos los trajeron dos agentes del orden con el gesto compungido pero indudablemente llenos de marcialidad procaz. Esto ocurriría más después, en una de mis contadísimas ausencias de cuando era mi madre madre Andreíta Casiana.

Siguiendo el cuento, recuerdo que nada más poner los pies del regreso de los mares en casa, padre Odongo le puso al corriente de lo sucedido con el marido frustrado, ¡y la falta que les hacía otro comarido! Yo no perdía palabras ni gestos desde la estera y el sarampio amargo. Padre llegado de la pesca mandó a Flor

del Barranco que se levantara -no importaba el sarampio amargo- y fuera con urgencia de ya mismo a llamar a maíta para reprocharle su poca previsión y tanta falta de caridad esta vez.

Madre vino. Sin embargo, al verla tan sudando y sofocada, tantas hilachas grises del cabello bronco aplastadas contra cuello, mejillas y toda la frente, tan menudita y tan poca cosa, se arrodilló a pedirle la bendición de bienvenida y besarle la orla del vestido y las manos pellejadas y olorosas a lejía de pobre pero ha cendosa.

- No te imaginas qué he traído de Terra nova para ti, para Odonguillo y para las criaturitas- dijo mientras se incorporaba. Los hijos olvidamos la enfermedad ante la inminencia de regalos, y madre Andreíta Casiana lo nombró por el nombre cariñoso que tampoco alcanzo a recordar y, tras besarle en los labios, lo ben

dijo verazmente.

IX

Entre lo que había traído de Terranova venía un hijito más para madre Andreita Casiana, un hermanito más para nosotros, un lapón que gruñía como un conejo enfadado y que sólo comería pescado crudo. Pasado año y pico el laponcillo se salvó al tocarle de madre una de las mancebas del conde. Mientras aguantó de hermano nuestro, las pasó melancólico y asustado de los ratones del criadero. Noemí Candelaria cantó alegrías comedidas y Flor del Barranco salió a comprar aguacates y pan del burro para sus hermanitos, que nos extasiábamos ante tanto regalo de lejos.

"Este tampoco es hijo de Dios" -observó padre Odongo señalando al laponcito asustadillo y tras apurar de un trago el vaso mediano

lleno de ron de papaya verde.

"Tienes toda la razón" -reconoció su co
marido, hombre sin embargo poco preocupado de
esas teologías pueblerinas.

Madre Andreíta Casiana suspiró de resig
nación dichosa y acarició con ambas manos la
pelámbra aceitosa del chiquillo esmirriado.
Al no tener nombre decente la criaturita, madre
Andreíta Casiana ordenó a mi hermano de mayor
fundamento que saliera a la calle en busca de
uno y le prohibió tajante que regresara sin ha
ber encontrado un nombre fresco y otro agric,
que ella ya elegiría el propio en su momento.

Mi hermano de mayor fundamento no regre
só, al menos en los dos días siguientes. Ygn
ró qué nombres trajo o si regresó, pues, como
recién le he indicado, la guerra chica había
asomado por el barrio y me arrastró con ella
al tercer alba y en compañía de Arnoldo el Azu

frino, hermano segundo que yo y muy atrevido con el fuego y los alacranes del estanque de Calderín.

X

Por si a usted le apetece, diré que me ha venido a la cabeza el día que murió Reney Sin, el hijo preferido de padre Odongo, un niñito muy rubio y lleno de pecas borradas y al que solía atiborrar de menises y pirulines en carnados. Andaba ausente padre Odongo en el momento de la muerte, andaba de boxeo en las fiestas de un pueblo del norte cumbrero cuando el rubito del alma moría fugaz de unas fiebres alevosas que agarraron desprevenidas a madre Andreíta Casiana y a Noemí Candelaria, la encargada de augurar desventuras traicioneras.

La llantina de Odongo, feísima por doquier, asustó tanto a Flor del Barranco -ya le

dije- que la hizo abortar, y perder los males que empezaban a hacerla feliz en el sufrimiento. A mí, en cambio, no me asombraba ver llorando salvaje recuperado a un negro de verdad y con el rostro amoratado y la boca bembosa agrietada en los labios y comisuras, tres dientes menos y la nariz desviada y los párpados hinchados y de color lila subido. Al revés, creo que me divertía.

Hubo otro padre mío en aquellos tiempos de hijo de madre Andreíta Casiana. Trabajaba en la panadería de Paquito Ramírez y permaneció un corto tiempo de marido de madre Andreíta Casiana. Pronto pasaría a vivir con Benigninita Verol, más necesitada de hombre que mi madre. Respondía por Francesito y hablaba escueto, raspando la garganta y aleteando el brazo sano. Su puntería enorme nos maravillaba tirando piedra a cuanto volaba. Con los años me enteraría que

lo mató la Justicia acusado de acabar con una pedrada certera al cura sustituto del comandante de la Cruz Dorada.

XI

Ya cosía ropa de hombres cuando era mi madre. A nosotros nos criaba desnudos del todo, menos a las niñas, porque podían entrarles la gartijas en la rajita. Y les hacía unas calzo netitas con la harpillera que alguno de sus maridos robara en la fábrica de harina. Nuestra inocencia era total, desbordaba el vaso de la impudicia. Incluso creíamos de buena fe y san tificante que chupar la chufla al reverendo Peribáñez Luz agradaba a la Virgen de la Derrota y a San Roque y Su Perro. Cuando nos enteramos de que no agradaba a la Virgen ni a San Roque y Su Perro, sino al reverendo Peribáñez Luz el susodicho, estábamos cansados para enojos va

cuos e indignaciones prohibitivas.

XII

Lo que no sé a ciencia cierta es si fue a padre Odongo o al otro padre negro que tuve allá por mi segunda niñez. Ni puedo afirmar con seguridad si mi madre era madre Andreíta Casia na o madre Mariquita Géminis. Lo que sí puedo recordar con claridad es que a uno de mis pa dres negros lo premiaron honrosamente por su patriotismo meridiano aunque no fuera hijo de Dios. Por lo visto mató más que nadie en su época de legionario salvador.

Y lo recuerdo con claridad porque nos dejó el mismo día en que murió el macho cabrío que emborrachaban los hombres con cerveza y ron en la tienda de Dominguito. Murió a mitad de la calle estrecha que subía al Pico. Iba cam inando delante de nosotros, tambaleante como

siempre, con sus balidos de ebriedad feliz. Cayó a plomo y quedó con las patas estiraditas a plenitud y los ojazos abiertos sin rencor. Por eso me vino a la memoria.

MI PADRE NEGRO DE ÉSA VEZ, no creo que fuera padre Odongo, más bien creo que fuera padre Lelé, embarcó esa misma tarde hacia donde hubiera algún Dios que lo reconociera como hijo -dicen que dijo mentiroso cuando se despidió de mi madre de esa vez, creo que no eran ni madre Andreíta Casiana ni madre Mariquita Géminis, sino madre Anita Nazarena, mujer muy dada a entelequias metafísicas y a pegarnos con un pírgano de escoba.

.- ¡DiosNosLibre! -me llamó antes de subir al velero.Me besó, metió la mano en el lollo de atrás y sacó un envoltorito grasiento. Dale esto a madrecita cuando el barco ya no se vea sobre el mar.

Se lo di ya de noche. Mi madre de esa vez, seguro que madre Anita Nazarena, me pegó más de lo preciso cuando abrió el envoltorito y vio no sé qué.

XIII

Fue en ese mismo verano, parece que aún lo veo tal cual. Aquella víspera de San Juan de Junio esperábamos más oscuro, para prender fuego en la pila de aulagas, sentados en la lomita que vira hacia el Condduco todavía soleado, enfrente. Esperábamos silenciosos, algunos tumbados de espalda en la tierra, los ojos cerrados o abiertos mirando celajes y vencejos o palomas que se recogen. Los vio llegar uno de los Chirringos y nos avisó a que miráramos, él ya sabía y dijo "miren, miren", y nos pusimos a mirar.

Llegaban dos de los que habían sido pa

dres míos entre ellos. Eran los hombres que em
borrachaban al macho cabrío en la tienda de Do
minguito y también don Adrián, el que ponía las
inyecciones y lavativas y que traía consigo su
perro blanco pintado de negro, grande y enorme
mente hermoso. Uno de los dos que habían sido
padres míos traía a hombros el macho cabrío.
borrachos los dos, el macho cabrío y el que ha
bía sido mi padre, padre Lucio Raquelo. El otro
que había sido padre mío se llamaba Elviro Be
rriel, gente tosca y servil, que me duró de pa
dre algo más de un mes y que no parecía tan bo
rrachó como los otros que iban con él.

No nos ocultamos, teníamos el sol de fa
vor, pero ninguno de nosotros habló. Observába
mos. Llegaron al llanito rodeado de tuneras que
cae justo encima de la cochinera del sargento
Santaluga. Ahí puso en el medio, sobre la tie
rra fofa, al macho cabrío mi antiguo padre Lu

cio Raquelo. El animalito apenas si podía man
tenerse en pie, tal era su borrachera. Los de
más se iban sentando haciendo corro en piedras
preparadas para lo propio.

"Han venido otras veces. Los vi", susu
rró a mi junto el Chirringo, "ya verán".

Ellos no podían vernos, el sol nos favore
cía. Pero la raya de sombra se acercaba a don
de ellos, con rapidez. "Agáchense", bisbiseó
con autoridad el más listo de nosotros, un tal
Agustín Carol, que con el tiempo llegaría a
maestro que no enseñaba. Y nos tumbamos boca
abajo.

En el centro del llanito rodeado de tu
neras, en el centro del corro de ellos sentados
menos el que había sido mi padre Elviro Berriel,
que hurgaba la entrepatas del macho cabrío al
que ahora me acuerdo llamaban Majestad Serení
sima, en el centro, el perro grande y hermoso



de don Adrián jadeaba quieto y la lengua fuera, como sediento con gusto, muy quieto, parecía estatua.

XIV

Lo de mi envejecimiento precoz se debe a enfermedad del alma y sin posibilidad de cura, creo que por el miedo que pasé en la guerra grande. Sí, ya parezco padre de mis padres y de mis madres. No, yo no he tenido esposas ni hijos, algún día sabrá por qué, por ese asunto del que le he hablado por encima, algún día lo sabrá pleno. De todas formas me he hecho, me acostumbé plácido, sin alteraciones, incluso hasta creo que casi quiero morir de tranquilidad. Así que no se moleste en compadecerme.

Algunos de mis padres y de mis hermanos vienen a visitarme de cuando en cuando y me obsequian con regalos y mentiras de verdad que

me consuelan y ensanchan el corazón. Es una lástima que no haya aprendido yo a llorar. Me gustaría acabar llorando por la emoción alguna vez. Si supiera cuánto envidio a usted cuando le veo llorar. En fin, resignémosnos.

De mis madres únicamente me visita madre Hortensia Lis, y con prisas siempre. Madre Hortensia Lis se empeñó cuando yo era su hijo en que me convirtiera en marido suyo, pero reverendo Peribáñez Luz lo prohibió sin réplica. Y la pobre cree que yo pago su culpa, que Dios me castiga a mí porque ella es muy buena y Dios no se atreve a castigarla.

XV

Ya el que había sido mi padre Elviro Benriuel dejó de manosear la entrepatas del macho cabrío al que ahora recuerdo que llamaban Excelencia, sí, Excelencia, pues Majestad Serenísima

ma era el nombre de uno de los cochinos campeones que hicieron época, sí. En efecto, seguro, Excelencia lo llamaban, cosa de gente sin tarea más sería que hacer que emborrachar a un pobre animal que se dejó por dos copas de anís aquel que se decía turco y que iba vendiendo telas y oropeles de puerta en puerta, el baifito detrás suyo, balando de alegría. Claro que sí: Excelencia, eso mismo. Cómo olvida uno, cómo.

Ver aquel animalito siempre borracho por todos lados y a la hora menos pensada, barrio arriba, barrio abajo, incluyendo la misma calle mayor de la capital, incluyendo-hay quien lo viera- la catedral dentro, al medio de un rosario o de una novena, tambaleante, balando su borrachera dichosa. No logro explicarme aún, no, cómo no lo mató alguien, cualquiera, o cómo no lo metieron al potrero, no me lo explico, no. Sería, pienso, de puro milagro, aunque la

gente, créalo, teníale su cierto respetillo. Porque, no lo negará usted, porque un macho cabrío borracho tambaleante, mugiente como riendo, impone lo suyo, parece persona. Lo cierto, sea lo que fuera, lo cierto es que nadie lo molestó con palabras o gestos. Tal vez, puede que así fuese, tal vez también influyera la creencia de que lo había tomado bajo su protección el afamado Pollo del Final, muy fuerte en demasía, muy temido él por su pronto colérico y místico.

Mi antiguo padre Elviro Berriel se apartó de Excelencia, que nos parecía excitado, ululante, sin dejar de tambalear, y que se acercaba al hermoso perro grande de don Adrián por su detrás. Mi antiguo padre Elviro Berriel seguía de pie, los demás se hallaban sentados y fumaban en silencio, inmóviles, mirando fijo al macho cabrío que se empinaba sobre el perro gran

de y hermoso, blanco con pintas negras, que aguantó las primeras embestidas con serenidad, con fingida indiferencia. Cuando los creyó bien acomodados y con el vaivén al ritmo adecuado y compartido, mi antiguo padre Elviro Berriel se encucilló junto a mi otro antiguo padre Lucio Raquelo, el cual destacaría en la guerra media na por su miedo feroz y homicida.

XVI

De mis madres, la preferida sin lugar a la duda acabó siendo madre Andrefta Casiana, a pesar de su hosquedad y desabrimiento cordial. Pero Siete Sitios cada vez me resulta más le jos, cada vez me obedecen menos las piernas, vea usted qué hinchaditas las tengo, y me dis gusta a rabiarse el molestar a alguien para que me alcance allá tan lejos. Y no se vaya a creer usted que no me angustia ver pasar los meses

sin darme el saltito para visitarla, estar con ella un ratillo tan siquiera, en silencio o acompañándole letanías o rezongos, no se crea usted.

Pero, seamos sinceros, por otro lado me tranquiliza el saber que no le falta ni le faltará de nada, que Efaín y muchos de sus maridos e hijos cuidan y cuidarán de ella hasta su buen morir sin quebrantos ni desmaños. Además de que no puedo vivir allá dentro. En Siete Sitios el asma me mataría en menos de una semana, la sangre se me pararía antes de llegar al cerebro. Por eso vivo acá, por eso preferí guarecerme en la costa, con uno de los hijos de madre Andreíta Casiana y una de las hijas de madre Brígida Fe, casados de casi por vida por ahora, buenos conmigo, muy buenos con su hermanito DiosNosLibre.

San Roque de Las Palmas,
uno-siete de noviembre, 82

Este NOVELITO, "DiosNosLibre",
se empezó a imprimir en las Is
las Canarias, 1.982, el día de
Crisóstomo, Crescenciano, Fer
mina y Flora, vírgenes y mártir
res.



